

UN SOPLO DE TERNURA

Seudónimo: Lorenzo Hervás.

A la caída de la tarde, camino del Verrón, amazona ella a lomos del burdégano, el hijo, pie con pie, la iba reprendiendo mientras avisaba a la bestia.

- El último año, madre, que te traigo al cementerio, el último... Estás perdiendo el sentido del ridículo.

El día de Todos los Santos, machacona, autoritaria, Manolo tuvo que llevada desde El Verrón, viejo caserío donde trabajaba, hasta el cementerio del pueblo, malhumorado, a regañadientes, mientras ella iba repitiendo por el camino que la pérdida de la pareja es lo mismo que dejar de ser.

El día de Todos los Santos bizarreaba por el sagrado recinto una gente muy pulida, como cuando se va de fiesta, rivales en honrar a sus fieles difuntos con el mejor ramo de flores, el más caro. Las tapias, cortando luz donde la nada se espesa, arrojaban el encuentro de parientes, de amigos que sólo se veían de año en año. Allí hablaban las mujeres de la moda, de los colegios de los críos, del último chismorreo local... y los hombres quedaban citados para la noche, en ésta, en aquella taberna, dicharacheros, como si entre los muertos se sintieran más vivos todavía.

Hay quien llevaba ya bastantes copas dentro del cuerpo y enhebraba comentarios festivos de velatorios, de los muertos más guapos, de los más feos que había conocido en ellos, de las viudas fieles, de las andorreras...; y emigrantes lejanos, los que acudían al pueblo de tarde en tarde, se escandalizaban viendo impreso en la piedra tal nombre, tal otro, quién lo iba a pensar, ellos que los imaginaban vivos todavía.

A María Antonia, torpona, encorvada por el bombardeo de los años, pocos la creían con temperamento suficiente para el espectáculo que estaba protagonizando delante de la lápida de Tolico, causa de risas indiscretas, un bochorno sobre la moderación del hijo.

- Eres malo, Tolico, no me llamas... - alzaba la voz entre cipreses afilados como un remordimiento - Me prometiste que me llamarías y no me llamas, Tolico.

- Baja la voz, te lo ruego - le recomendaba Manolo -; padre ya no existe, compréndelo, la tierra se lo traga todo.

- Hablo como quiero, ¡puñetas!, por si los muertos están sordos... Llámame, esposo mío, no seas mal hombre, que necesito descansar a tu lado. ¿No te da pena la pobre María Antonia?

- Madre, por favor...

- El mejor del mundo eras, cómo podría olvidarte. Siempre, cuando octubre, a la feria me subías, que se entere la gente, y a gambas me invitabas, y a cerveza, y a churros con chocolate... Hasta el pellejo te hubieras arrancado para dármelo, Tolico, hasta el pellejo.

¿Quieres que María Antonia olvide esas atenciones? Nunca, nunca.

- Más bajo, madre, la gente se ríe.

- Ni una sola noche llegaste borracho a casa, ni una noche siquiera, más bueno tú que nadie, que cuando estaba malucha me hacías purgantes con hierbas del ermitaño, o cocías manzanilla bastarda, con tus manos propias, bendita sea la madre que te parió.

Ojo no pego pensando que ahora estás aquí, en sea hueco oscuro, tan frío, tan silencioso, que no sé cómo puedes, tanto que te gustaba el chachareo, Tolico.

- Madre, madre... Tienes que comprender que los muertos, todos, nos dicen adiós y se marchan muy lejos.

- Déjala que se desahogue, Manolo, déjala - intervino una mujer regordeta, de rostro bonachón, con un ramo de gladiolos sostenido en el pecho - Yo te comprendo, María Antonia; yo sé lo mucho que os habéis querido, que hasta de la taberna pasaba para comprarte unas enaguas, unos zarcillos, cualquier chuchería, siempre contigo como con una rema.

- Sólo una faena me hizo en la vida, Librada, amiga mía, una sola: morir.

Nunca la anciana comprendería que dentro de aquel nicho no quedaban oídos para escuchar lamentos, apenas unos huesos, una manera opaca de estupor, unas órbitas como tristeza inmóvil donde sólo cabe la resignación. No, no lo entendía, jamás quiso entenderlo.

Después del día de Todos los Santos, cuando el sol sobre las paredes del Verrón era sonrisa abierta y los pájaros nadaban en el viento, o cuando la lluvia oscurecía el horizonte, o cuando el cielo besaba con labios de gelatina, María Antonia extendía los ojos hacia los arañones de las cañadas, hacia las cumbres, esperando que en cualquier momento, desde cualquier punto, se elevara cariñosa la voz de Tolico.

Durante las fiestas de un lejanísimo octubre vino el amor, dulzona ella, discreta, poquita cosa, fuerte el muchacho, noblote, con mucha retórica, y desde entonces habían sido una sola existencia duplicada.

- Era muy bueno, Catalina, bueno, bueno, bueno - le repetía a la nuera siempre que aquella intentaba arrancarle la congoja del corazón - ¿Cómo puedo olvidarlo, hija?

Porque Tolico había sido bueno, por eso; no por guapo, ciega nunca estuvo, ni por simpático, aunque derrochaba simpatía, por bueno.

Acaso alguna gente viera monótona la vida de la pareja, siempre recluidos en El Verrón, destartalado caserío de la sierra, al servicio de terratenientes que vivían en el pueblo y apenas los visitaban, pero era un error. Azucenas que le trajera en la capacha después de la jornada, ver anidar a los abejarucos en los paredones del camino, contemplar costaneras con olor a tomillo, olivares anegados de luz, la fiebre de los surcos... todo engendraba plenitud, borbotones de vida...

- Te casarías con otra si yo me muero antes, Tolico... Con otra te casarías.

- ¿Quién, yo?

Yeso ella quería escuchar, no lujos, no comodidades, eso sólo: dueña, siempre, del corazón de Tolico, jornalero del campo, el hombre más bueno del mundo, el más cariñoso el que le traía tallos de amaranto porque el amaranto también se llama flor de amor.

- ¿Y si eres tú quien se marcha primero, Tolico?

- Te doy una voz, agarras la marrilla y te vienes conmigo a donde sea.

¿Seguro que después...?

- Seguro, María Antonia, seguro. ¡Pobres almas nuestras si la muerte no fuera principio de algo!

Después del día de Todos los Santos, todavía más viva chapoteaba en su espíritu la fecha del adiós. Noche oscura era, lluviosa, cuando a Tolico se le atrancó el corazón para siempre. Los gritos histéricos de la nueva viuda traspasaron el contorno del caserío, derramando lágrimas como agállaras de roble. Cuando se llevaron el cadáver al pueblo, para el velatorio y el entierro, el paso le seguían muchos campesinos de las haciendas próximas y ella, a veces delirante, desesperada siempre, llenaba todo el campo con su desconsuelo. Hasta la caridad de los grajos se respiraba en los cerrejones.

Mucho alivio recibió de familiares, de amigos, hasta de los amos presentes en todos los actos fúnebres. Luego, después de las despedidas, un fantasma negro, María Antonia parecía.

- Tu voz, compañero, tu voz - hablaba a solas - ¿Ya no recuerdas que me lo prometiste?

- Tienes que entenderlo, madre - la sermoneaba Manolo -; los muertos no hablan, no tienen garganta.

- El, sí; ya veréis cómo me llama un día de estos, ya lo veréis. Tú, hijo, lo hablado: el dinero de la cartilla, de ahí los gastos... Me enterráis en su mismo nicho, eso quiero, y una lápida con los nombres de los dos: el suyo, primero; el mío, más abajo.

- Si madre, eso haremos.

Eso, pocos días después, hicieron.

A primeras horas la habían encontrado, junto a Tolico, una mañana fría, desapacible, cuando el invierno cubre el sol con tallos de niebla, como si el día de Todos los Santos, meses antes ella hubiese comprendido que aquella sepultura estaba incompleta.

La escarcha, espuma dura sobre el cuerpo, le daba imagen de ángel dormido, pero estaba muerta. Manolo quiso levantarla del suelo y a la anciana le crujieron todos los huesos.

La tarde anterior a la madrugada del triste suceso - de madrugada, seguro, tuvo que haber sucedido - María Antonia en completo silencio, había abandonado El Verrón.

Catalina, Manolo, también otros campesinos, la anduvieron buscando por los alrededores, desde el anochecer, hora tras hora, sin pegar ojo, cansados, confusos, con linternas y mellones de paja encendidos, temiendo un accidente, que se hubiese despeñado, torpona, por cualquier barranco.

- Por aquí no miréis más - dijo alguien-; los perros ya la habían olfateado.

Catalina, con un pánico en el rostro parecido al que preceda a las ejecuciones, fue la primera que cayó en la cuenta:

A ver si... y allí estaba. Nadie comprendía cómo una mujer tan vieja, de ojos débiles, reumática, había podido llegar desde El Verrón hasta el cementerio del pueblo, avanzando, casi todo el tiempo de noche, por cuestas y abajaderos, pero lo hizo y allí la encontraron, acurrucada a los pies de la lápida de Tolico, con el alma fría, compartiendo el silencio profundo de los muertos.

Manolo la sostenía entre los brazos, tembloroso, y Catalina le sacudía la escarcha del cabello, del vestido, de dos pies helados como de muchacha pequeña. Ninguna muerte pudiera parecerse más al alba.

- ¡Quién iba a pensar esto! - mascullaba, con voz entrecortada, el hombre.

- Yo, si, ya ves - le respondió Catalina - Horas antes de que escapara del caserío, contenta, coquetuela, estuvo comentando, mientras se rastrillaba con mimo los cadejos del cabello, que ya había escuchado la voz.